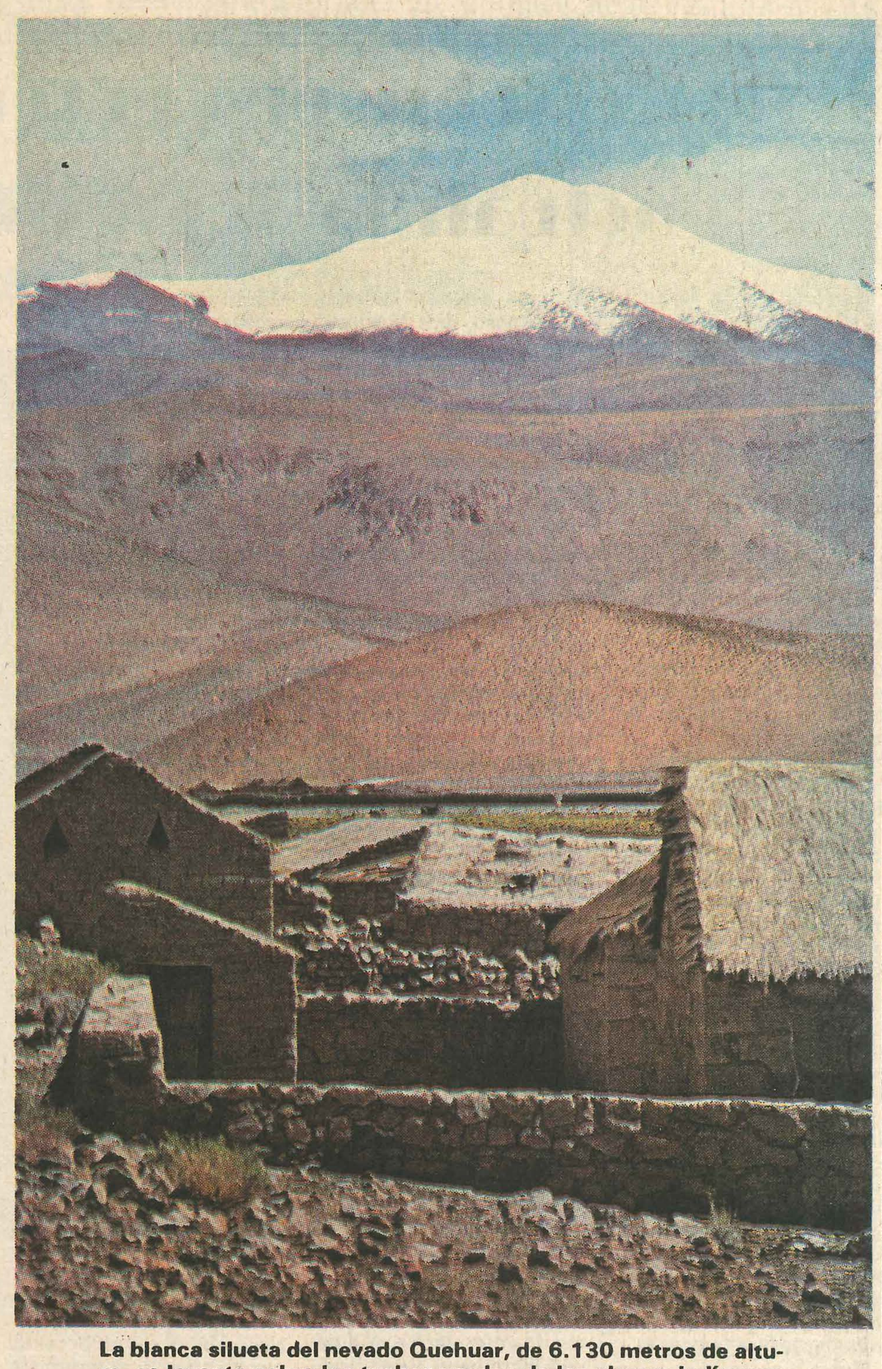
La momia del nevado Quehuar

Segunda y última nota

Por Antonio Beorchia Nigris

Contra el cielo plomizo, preanuncio de tormenta, se destacan las siluetas del guía y de los cuatro acémilas que transportaron los víveres y equipos.



La blanca silueta del nevado Quehuar, de 6.130 metros de altura, se levanta sobre los techos pardos de las chozas indígenas de Santa Rosa de los Pastos Grandes.

Nuestro campamento base, como dije en la nota anterior, se encontraba en un ameno vallecito a 4.700 metros de altura, desde el cual no se podía ver el nevado Quehuar, pues nos separaba de él una áspera garganta de origen glaciar cubierta de escombros y rocas erráticas. Sabíamos, sin embargo, que arriba el tiempo era malo y que las nevadas se sucedían ininterrumpidas. Por su lado, el director de cine Juan Schroder y nuestro joven Walter Hermann, sufrían las consecuencias de una puna atroz que les quitaba hasta el aliento para hablar.

Los restantes nueve estábamos bien, aquejados tan solo por cefaleas leves. El 26 de febrero reiniciamos la marcha con el fin de instalar un campamento de ataque, menos, por supuesto, Hermann y Schroder que, por los problemas apuntados, permanecieron en las carpas del base.

Superada la garganta, entre cuyos pedregales vimos varias colonias de chinchillones, alcanzamos las nuevas estribaciones del Quehuar, cubiertas aún de pasto puna hasta los 5.000 metros. Aqui y allá solitarias bolitas algodonosas denunciaban la presencia de la poposa, último vegetal antes de adentrarnos en el desierto absoluto. Almorzamos en una antigua pirca adyacente a una explanada artificial de unos diez metros de largo, cuyo origen probable debe remontarse a los tiempos en que los indígenas construyeron el santuario al abierto en las cimas del nevado Quehuar. Cabe aqui la aclaración de que así como nosotros levantamos campamentos a diferentes altúras para escalar un nevado, así lo hacían los indios, construyendo chozas de paredes dobles rellenadas con pasto, o levantando simples pircas a niveles más bajos. Sin embargo, sus fines para alcanzar una cumbre eran muy diferentes a los nuestros. Nosotros lo hacemos por deporte, o por fines arqueológicos; ellos por motivos religiosos. Y si lo deseamos, podemos ver en su místico trepar y la figura de la búsqueda incesante de Dios por el espíritu del hombre de todos los tiempos; o también la figura de la ascesis de nuestros santos cristianos; por último podemos también ver nuestro propio y vacilante ascender espiritual.

Por la tarde, una persistente nevisca nos obligó a acampar antes de lo previsto, en las cercanías de un hilo de agua de deshielo, a 5.260 metros sobre el mar.

La nevisca se transformó a continuación en franca nevada, que persistió toda la noche, obligándonos a sacudir las carpas cada tanto para que el peso de la nieve no quebrara los parantes.

Cuando finalmente amaneció, abandonamos no sin grandes suspiros el calor de las bolsas camas, y una vez en el exterior constatamos que la capa de nieve caída en la noche pasaba los 15 centímetros de espesor. La visibilidad era aún escasa y el cielo permanecia encapotado. A ratos celliscaba.

Cuando al fin escampó, pudimos ver al Quehuar blanco como una novia, cubierto de nieve desde los 5.000 metros hasta la cumbre. Por la tarde el Dr. Johan Reinhard subió a explorar la posible ruta de ascenso al nevado, y de paso comprobar el estado de la nieve, si se necesitarían o no grampones para el ascenso. Su excepcional entrenamiento y aclimatación (ya dije que 10 días antes había escalado el Aconcagua), le permitieron avanzar sin pausas durante tres horas, hasta alcanzar sin pensarlo la cumbre a las 15 horas. Esta increíble hazaña demuestra cuán importante es la aclimatación en las escaladas a grandes alturas, que permite a un andinista trepar al mismo paso que sobre montañas bajas, sin sufrir las perniciosas consecuencias de la puna.

Hacia la cumbre

A las 8 de la mañana del sábado 28 de febrero, equipados convenientemente con herramientas, filmadoras y máquinas fotográficas, iniciamos el ataque a la cumbre. Ahora íbamos ocho personas, pues en atención a su corta edad preferí dejar a Juan Hermann (15 años) en el campamento de altura. Como podréis suponer, quien tomó de inmediato la delantera fue el Dr. Johan Reinhard, gracias a su excepcional aclimatación, seguido por el grupo del Andino Mercedario, y algo atrás por los japoneses, que veían entorpecida su marcha por el peso de los elementos de filmación.

Superados los 5.500 metros el cielo se cerró nuevamente y pronto nos vimos envueltos por una intensa nevada que redujo a cero la visibilidad. Resulta difícil distinguir la silueta de una persona a diez metros de distancia, y todo era blanco, sin dimensiones. Era como caminar hacia niguna parte: no había cielo ni suelo ni valle ni rocas ni referencia alguna que indicara que en efecto avanzábamos. Esa deslumbrante blancura sin forma, ese caer suave y silencioso de infinidad de pelotitas blancas, ese caminar sin oír el ruido de las propias pisadas, hundidos a veces en la nieve hasta las rodillas, conferían a nuestro trepar un aire de misterio, como si el cerro nos preparara para el misterio mayor que ofrecerían las ruinas de la cumbre.

La nieve no caía a faldas suaves, sino hecha pelotitas de diferentes tamaños, que rodaban silenciosas en los huecos de nuestras huellas hasta llenarlos en contados minutos, y borrar todo rastro.

El último tramo de ascención fue el más duro de superar, a causa de la pendiente muy pronunciada y de la capa cada vez más espesa de nieve, pero en especial por la escasez de oxígeno, que nos obligaba a resollar como fuelles.

Llegamos a las ruinas indígenas a las 12.30 horas, y encontramos que el Dr. Reinhard ya había despejado de nieve una buena porción de suelo en el interior del muro circular, donde en 1974 habíamos descubierto la momia. Lamentablemente su trabajo resultó infructuoso, pues, por no contar con puntos de referencia a causa de la poca visibilidad, cavó un lugar equivocado. Hubo, pués, que hacer todo de nuevo.

Alrededor, las ruinas indígenas permanecían ocultas bajo el manto blanco, y solo la parte superior de algunos muros se dejaban ver a trechos. Del gran santuario de altura observado y fotografiado en 1974, bien poco se podía ver ahora, para desconsuelo del camarógrafo Masao Fujii, a quien la nevada mojaba la filmadora, sin permitirle realizar buenas tomas del paisaje.

Por su lado, los jóvenes del Andino Mercedario cabaron en la nieve externamente, hasta dar con un nicho en el muro circular, que nos sirvió luego como punto de referencia para ubicar exactamente el sitio de la momia. También el Dr, Reinhard cavó en el interior del círculo durante dos horas, hasta alcanzar el piso helado, tan duro como un hormigón, debiendo, para el caso, remover también algunas piedras acumuladas en el lugar. La nieve alcanzaba allí 1,50 metros de altura, ni harán falta muchas explicaciones para entender el tremendo esfuerzo físico que significó su remoción a una altura de 6.130 metros. Por mi parte ayudé en lo que pude, pues estaba muy resfriado, detalle que me dificultaba la respiración. Doy gracias de todos modos a Dios que por lo menos me permitió llegar arriba.

Conviene aclarar, antes de seguir adelante con el relato, que las ruinas no se encuentran en la misma cima, sino separadas de esta unos 140 metros, ocupando un suave declive natural. Poseen dichas ruinas una rampa artificial de acceso, con escalones, explazos ceremoniales, grandes murallas y otras construcciones, ya voladas en parte con dinamita por desconocidos. En 1974 pudimos rescatar una camiseta andina, y fotografiar los restos de la momia indígena envuelta en su poncho, perteneciente a un niño de unos 10 años de edad, al cual se le había extirpado la cabeza y un brazo. Con anterioridad, en el año 1957, con motivo del año geofisico internacional, el Dr. Roberto José Gilardoni rescató también del lugar dos estatuillas antropomorfas de cerámica, una pintada de rojo y otra negra. Por último se observaron trozos de madera y un paralelepípedo de arenisca, similar a otros que los indios depositaban en sus sembrados y también sobre muchas cumbres nevadas, cuyo simbolismo relacionado con el culto del agua empieza recién a vislumbrarse.

En la presente oportunidad comprobamos que el cuerpo del niño momificado, fue destruido después de 1974, seguramente por uno de tantos buscadores de tesoros. Del mismo recuperamos solo un pabellón auricular unido a un trozo de hueso temporal, dos vértebras lumbares, dos trozos de huesos planos correspondientes a partes de la bóveda craneal, y un trozo astillado de un hueso largo. También rescatamos trozos pequeños de telas, algunos fragmentos de madera, y un grano de maíz. Nada más.

El Dr. Miguel Vázquez, que analizó los restos, estima que los mismos pertenecieron a un niño entre 8 y 10 años. Opina también que la astilla de hueso largo prueba el uso de la violencia empleada al extraer el cuerpo, que destruyó sus partes. Tengo para mí que al imposibilitar el suelo helado su extracción, se hizo volar el cuerpo con dinamita, ya que los pocos restos recuperados aparecieron encajados entre las piedras de la muralla, o mezclados con piedras caídas en el fondo.

En vista de que la nevada no amainaba, a las 16.30 horas, firmamos el libro de cumbre los siguientes andinistas: Masao Fujii, Kenji Mori, Yusaku Kannari, Johan Reinhard, Juan Pablo Oro, Andrés Meglioli, Pablo Schleger y yo, quienes de inmediato emprendimos el regreso,

El carnaval en S. Rosa

No concluiré sin decir dos palabras sobre los festejos del carnaval que vimos en Santa Rosa de los Pastos Grandes.

Duran allá esas fiestas muchos días; los vecinos, hombres y mujeres de todas las edades, van de casa en casa tocando sus cajas (que ahora construyen con material plástico y hojalata), y desde la mañana a la noche repiten en coro coplas donde las frases "soy hombre libre" y "el campo está verde", como otras de corte amoroso-romántico, representan la esencia de su cantar.

No resulta difícil entender el por qué el campo es la base de sus subsistencia física, y la libertad es necesaria para su dignidad de hombres. Dos anhelos constantes en la mentalidad de nuestros indios, ambos utópicos, porque nunca esos campos están verdes, con excepción de las vegas, como tampoco el indio del altiplano fue libre nunca ni bajo la dominación incaica ni en las encomiendas españolas ni en nuestros días, esclavos voluntarios en las minas, donde la silicosis causa estragos entre ellos.

De allí que lo repitan en sus coplas tantas veces, hasta alcanzar la autosugestión colectiva de una realidad inexistente.

"No tengo nada que hacer — me pongo a cantar. Canto porque soy hombre libre — no me lo pueden privar. El campo está verde — me pongo a cantar".

Así cantan, al son de las cajas. Luego se embadurnan con harina y toman vino sin control, para huir unos días de la dura realidad en que viven, hasta caer tendidos en la vega, ebrios y sin fuerzas.

La Laguna Dulce

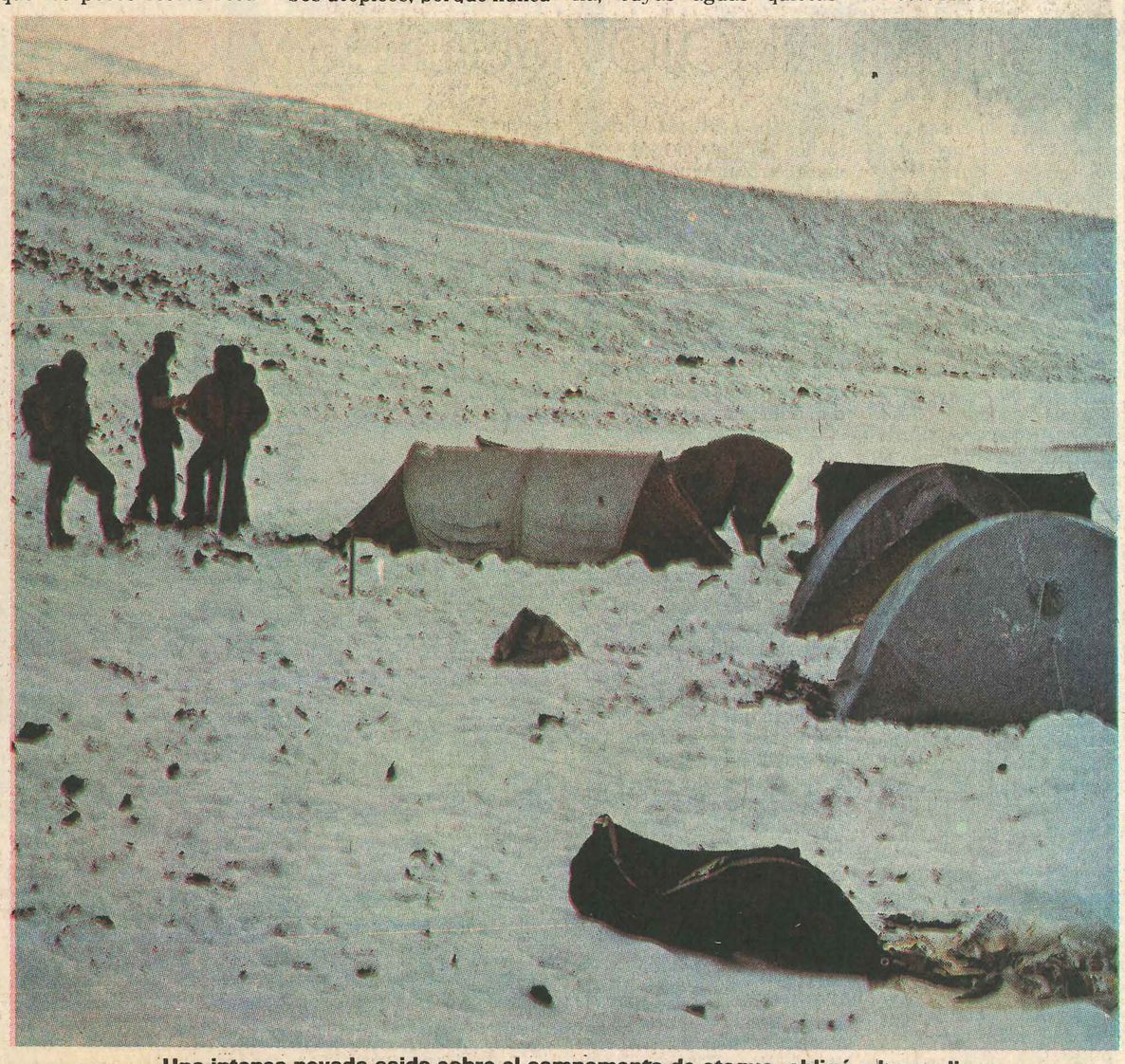
Hay un salar y una laguna inmensa a 12 kilómetros de Santa Rosa. Fuimos a verla para matar el tiempo mientras esperábamos el camión para el regreso.

Había flamencos rosados alineados en el agua, que buscaban crustáceos con sus picos curvos; había también patos en los pantanos y aves insectívoras sobre la orilla. Una paz envolvente reinaba en la laguna, cuyas aguas quietas reflejaban las lejanas montañas blancas y las barrancas coloradas cercanas. Extensas playas multicolores eran cortadas en dos por altísimos pastizales que se adentraban en el agua como cuñas verdes, mientras que grandes hatos de llamas pastaban en las lomadas adyacentes. Me tiré de bruces sobre la orilla, dejandome arrullar durante horas por la paz del momento.

Observé el paso elegante y lento de los flamencos, y los juegos plebeyos de los patos; observé una pareja de llamas copular sobre el pasto, acto muy curioso en estos camélidos, ya que macho y hembra se hechan para realizarlo; observé el juego lento de las nubes y escuché el murmullo apenas audible del agua acariciando la playa. Dí, finalmente, gracias al Creador de todas las cosas, que habiéndolas hecho tan bellas, las hizo también en tanta variedad y abundancia.

Por fin, no me quedó otra alternativa que alcanzar a mis amigos Masao Fujii y Juan Schroder, que desde hacia mucho me esperaban pacientemente para retornar a pie a Santa Rosa.

Así, pues, terminó la expedición al nevado Quehuar, y así concluyó hoy este relato.



Una intensa nevada caida sobre el campamento de ataque, obligó a los andinistas del Andino Mercedario a permanecer en el lugar durante dos días.